

Reflexiones acerca de la formación de antropólogos físicos en México

Zaid Lagunas Rodríguez*

RESUMEN

En el presente trabajo se da un panorama general de la formación del antropólogo físico en México, dentro del ámbito de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). Se toma esta institución por las siguientes razones; primero, porque es la más antigua del país en la cual se enseña antropología; segundo, porque es la de mayor tradición y prestigio, y tercero, porque de ella han surgido casi la totalidad de los antropólogos físicos de México y algunos del extranjero; por lo tanto, puede considerarse como la más representativa. Se señalan algunos problemas que ha encarado la ENAH en fechas recientes y otros que viene arrastrando de tiempo atrás, algunos de los procesos por los que ha pasado relacionados con sus planes y programas de estudio, y cómo todas estas situaciones han incidido de manera directa en la formación de los antropólogos físicos mexicanos.

Palabras clave: antropología física, formación de antropólogos físicos, enseñanza de la antropología física, Escuela Nacional de Antropología e Historia

INTRODUCCIÓN

Si bien en diversos trabajos (Galvis *et al.*, 1961; Mansilla y Pompa, 1975; Montemayor, 1971; Lagarde *et al.*, 1987, Peña y Ramos, 2003) y reuniones se han abordado los problemas que entraña la enseñanza de la antropología física en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), no significa que tales problemas se hayan resuelto, por lo que considero de importancia insistir una vez más en la situación señalada, pues en la medida en que los problemas de la enseñanza-aprendizaje de la especialidad se vayan identificando y salgan a la luz, en esa medida se irán solucionando y se estará en posibilidades de avanzar hacia la consecución de un mayor fortalecimiento de la ENAH en su totalidad y de la especialidad de la antropología física en particular.

La tarea que me propongo es exponer de manera sucinta y desde mi punto de vista, sin pasar por alto el de otros autores, la manera en que se ha enseñado la antropología física en México y señalar algunos de los problemas que enfrenta y ha afrontado; así como la contribución de los alumnos de antropología física al conocimiento antropológico a través de las tesis profesionales.

*Doctor en Antropología. Instituto Nacional de Antropología e Historia, Centro INAH Puebla. zlagunas.pue@inah.gob.mx

ALGO DE HISTORIA

El interés por esta disciplina en México surgió a partir de la segunda mitad del siglo XIX, a raíz de los trabajos que realizaban investigadores extranjeros en el país, dentro de la Comisión Científica Franco-Mexicana creada por decreto de Napoleón III de Francia, a iniciativa de M. L. Doutrelaine y organizada por el general Bazain durante la invasión francesa a México en 1864 (Serrano y Villanueva, 1988:14-15). Dicha Comisión incluía, en su Sección de Medicina, el área de antropología física, ocupándose de los trabajos los doctores León Coindet y D. Jourdanet. Posteriormente, hacia 1867, se formó en el Museo Nacional la Sección de Antropología Física, gracias a la intervención del Dr. Jesús Sánchez, director del Museo, en donde la curaduría de esa sección, más que su enseñanza, estuvo a cargo del Dr. Francisco Martínez Calleja (León, 1919; Serrano y Villanueva, *ibid.*).

Una de las figuras que destacan en el campo de la antropología física en los últimos años del siglo XIX y principios del XX, es la del Dr. Nicolás León (1859-1929), quien entre otras cosas impulsó las investigaciones de este tipo, impartió los primeros cursos sistematizados de la disciplina y escribió las primeras *Leciones de Antropología Física* como parte del material didáctico para los alumnos. Gracias a su iniciativa se adquieren los primeros equipos antropométricos y se inician los estudios en escolares y en las poblaciones indígenas de nuestro país. Por todas estas razones y otras más, se le considera el padre de la antropología física en México (Serrano y Villanueva, *op. cit.*:15, Dávalos Hurtado, 1965:304).

En 1938 se crea la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional, y dentro de ella, el Departamento de Antropología y la carrera de antropólogo, cuyos antecedentes se encuentran en la Universidad Obrera de México (1937), con lo que la antropología física se institucionaliza de manera definitiva. La carrera de antropología se origina con la idea de estudiar las bases materiales y culturales de nuestra sociedad, cuyo objetivo era el estudio integral de los problemas que atañen a las poblaciones humanas, en este caso, de México, aplicando la idea socialista, donde los estudios técnicos y antropológicos estarían al servicio del pueblo. Así la antropología es concebida “[...] como la ciencia idónea para crear en la juventud un concepto racional y exacto del universo y de la vida social al que aspiraba la educación de la época” (Olivé, 1981:205).

Con la participación de profesores extranjeros invitados se le dio más consistencia al Departamento de Antropología. Con los profesores visitantes y los de planta, se logró un alto nivel en la enseñanza, a tal grado que los estudios allí realizados fueron reconocidos por el mundo antropológico y afluyeron estudiantes de distintos países (Dávalos Hurtado, 1965:297; Nolasco, s/f:20). La Escuela Nacional de Antropología e Historia se crea formalmente en 1942, con el objetivo de formar a los antropólogos requeridos por el país. Desde ese momento la Escuela es adscrita al Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), que hacía tres años (3 de febrero de 1939) se había fundado (Nolasco, s/f:20; Olivé, 1981:2 y 205; Olivé y Urteaga, coords., 1988:19).

El plan inicial de estudios de la Escuela contemplaba dos años de materias comunes para todos los estudiantes; a partir del tercer año, se ingresaba en la especialización en cualquiera de las ramas de antropología en ese entonces conocidas: antropología física, arqueología, etnología y lingüística (Dávalos Hurtado, 1965:297); los cursos eran semestrales y las clases se impartían por las tardes; con ello se pretendía facilitar los estudios a los alumnos que trabajaban.

LA ESCUELA NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA Y LA FORMACIÓN DE LOS ANTROPÓLOGOS FÍSICOS

En los años cincuenta e inicios de los sesenta del siglo XX, a la Escuela se le tenía como modelo en su género, pues era la única en el mundo que había establecido la enseñanza unitaria de la antropología (Olivé y Urteaga, coords., 1988:173); sin embargo, en esos años, se dieron una serie de acontecimientos que repercutieron de manera importante en la ENAH, entre otros, se evidenciaron fallas y desajustes entre lo que se enseñaba y la realidad, lo que produjo una insatisfacción en las nuevas generaciones, que:

[...] puede explicarse por su inconformidad con la estrechez del horizonte profesional, constreñido a la antropología oficial y como rechazo al curso que ésta tomó, al servicio del desarrollo económico nacional por la vía capitalista, que postergó el indigenismo, se preocupó por formar técnicos para los programas de integración de las comunidades y cambió las metas de la educación socialista, por el nacionalismo desarrollista y la aculturación (Olivé, 1981:207-208).

Los estudiantes y profesores de la ENAH, junto con las instancias sindicales y la Asociación Mexicana de Antropólogos Profesionales (AMAP) (en la actualidad, Colegio Mexicano de Antropólogos, A.C.), lograron el reconocimiento profesional ante la Secretaría de Educación Pública (SEP) de las carreras de antropólogo físico, antropólogo social, etnólogo, arqueólogo, lingüista e historiador, y se dejó abierta la posibilidad de establecer otras en las diversas ramas de las ciencias antropológicas o en la historia (Olivé, *op. cit.*:209). Hacia 1965, se puede decir que se inició lo que se ha dado en llamar la “crisis de la antropología” (Warman *et al.*, s/f; Varios, 1982), que tiene su momento culminante en 1968, y “con el impulso vigoroso de las luchas estudiantiles y magisteriales de 1968 se desató una dinámica de actividad democrática a diversos niveles que, aunque con perspectivas no siempre acertadas, materializó en una serie de conquistas las reivindicaciones más sentidas de las bases” (López y Rivas, 1982:11).

Se considera que éste es precisamente el momento en que la ENAH, en su vida reciente, entra una vez más en una situación de conflicto; ocurren grandes transformaciones y se producen cambios en las formas de gobierno, en los planes de estudio y en los mecanismos de ingreso y aceptación, que dieron lugar a la diversificación del quehacer del antropólogo (Olivé y Urteaga, coords., 1988:183). Este estado de cosas trajo como consecuencia que en 1969 se diera término del convenio que se tenía con la UNAM; convenio que venía funcionando desde 1942 y en el cual se establecía que la ENAH otorgara el título de antropólogo en cualquiera de las ramas de la antropología, y la UNAM a través de la Facultad de Filosofía y Letras, el grado de maestro en ciencias antropológicas; por lo que a partir de 1971 se perdió la maestría y quedó únicamente la licenciatura (Olivé y Urteaga, coords., 1988:183-84).

Por esos años, se establece la carrera de antropología en otras instituciones como la Universidad Autónoma de Yucatán, la Universidad Iberoamericana, la Universidad de las Américas y se crea también el Centro de Investigaciones Superiores del INAH (CISINAH), el cual poco después da lugar al Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS).

En síntesis, se puede decir que la Escuela Nacional de Antropología e Historia, principal centro de enseñanza de la antropología en México, ha pasado por diversos periodos de gestación que han marcado en ella huellas profundas; de

esplendor en algunas épocas, de estancamiento u opacidad en otras, pero todas han proporcionado gran experiencia, la cual debe ser aprovechada para mejorar su sistema de enseñanza e investigación y desde luego, su participación en el contexto nacional e internacional.

LA ESPECIALIDAD DE ANTROPOLOGÍA FÍSICA Y LA ENAH

Como se ha visto, la antropología física en México se originó en la segunda mitad del siglo XIX con el sello de la que se practicaba en Europa y los Estados Unidos de Norteamérica, y en el marco de las ciencias naturales. Los estudios estaban dirigidos principalmente al conocimiento de la composición racial de la población mexicana pretérita y contemporánea y los trabajos se llevaron a cabo principalmente por investigadores extranjeros. No es sino hasta 1887 y bajo la influencia del cientificismo positivista y el arraigo del darwinismo en México, que se crea una Sección de Antropología Física dentro del Museo Nacional, en donde las actividades se dirigen a recolectar material óseo para su exhibición museográfica, y las investigaciones hacia el conocimiento del hombre prehistórico en México y la antropología criminal (López Alonso, 1988; López Alonso y Serrano, 1988; López Alonso *et al.*, 1993:115-16).

Al institucionalizarse definitivamente la enseñanza de la antropología, la antropología física fue una de las especialidades que primero se organizaron y consolidaron dentro de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en donde la antropología física era enseñada

A partir de una base inicial de conocimientos sobre el conjunto biológico social [...] especializada para investigar el origen, evolución, características y potencialidades del hombre, sin limitarse a la teoría, ya que permite intervenir para valorar las causas que influyen en las condiciones físicas de los grupos humanos, explicar el significado de los caracteres raciales y apreciar las posibilidades de la población, de acuerdo a su medio ambiente (Olivé, 1981:213).

La Escuela aspiraba a preparar técnicos en las especialidades y campos de la antropología. En consecuencia, y a pesar de las naturales diferencias, se establecieron los currícula con bases ajustadas a la realidad y a las limitaciones del momento; para lo cual se aprovechó la experiencia mundial de la enseñanza de las ciencias antropológicas e históricas, en particular, los ensayos y experiencias mexicanas, sujetándolo todo a la realidad y a las necesidades de México y de Iberoamérica (Olivé, *op. cit.*:207). Las materias estaban divididas en dos grandes grupos: A) Materias generales, con 12 cursos comunes a todas las carreras y B) materias especiales, con 20 cursos distintos para cada especialidad; el primer grupo se cursaba en los tres primeros semestres, siendo a partir del cuarto cuando se entraba a la especialidad.

Durante cerca de treinta años la estabilidad en los currícula fue notoria, porque en su contenido tenían mayor peso las materias de índole biológica que las de carácter social; aunque el plan general de la ENAH permitía obtener información de las demás especialidades de la antropología en lo que se llamaban años generales y después, el tronco común. También se exigía cubrir un número determinado de materias optativas de las otras especialidades, "recurso a través del cual se buscaba establecer comunicación de los alumnos de la especialidad con los de las otras disciplinas antropológicas y, en todo caso, involucrarlos en el análisis de los problemas académicos afines" (López

Alonso *et al.*, inédito). Además se tenían establecidos tres meses de trabajo de campo como requisito obligatorio, de los cuales uno por lo menos debía realizarse en cualquiera de las otras especialidades.

Al sobrevenir la crisis del 68, los alumnos y maestros de la especialidad con más buena voluntad que preparación académica, sobre todo los primeros, se dieron a la tarea de cambiar los programas de estudio vigentes. Se consiguió la creación de una planta de profesores de tiempo completo y de medio tiempo para la especialidad, con el fin de atender mejor a los estudiantes cuyo número para ese momento había crecido tres o cuatro veces en relación con el de los primeros tiempos, al formarse grupos paralelos de alrededor de 30. Los cursos para entonces ya eran matutinos y vespertinos, y con la construcción de un nuevo edificio para la ENAH en 1979, se logró dotar a la especialidad de laboratorios de osteología, somatología, anatomo-fisiología y bioquímica (López Alonso *et al.*, *ibid.*).

Pero al calor de ese auge e impulso renovador se suprimió el tronco común de estudios iniciales y se adoptó lo que se llamaron semestres generales, con lo cual se propició el aislamiento y parcialización de la enseñanza antropológica. En cuanto a la antropología física, “si bien se abrió para dar cabida a materias de carácter social, perdió terreno en la profundización del conocimiento de la biología de las poblaciones humanas, a pesar de que éste es precisamente lo que distingue a la antropología física de las demás ramas de la Antropología” (López Alonso *et al.*, *ibid.*).

El anuario de 1971 contemplaba para la licenciatura un plan de estudios de cuatro años divididos en ocho semestres. En los tres primeros semestres se llevaban trece materias generales y tres talleres de discusión obligatorios para los alumnos de todas las especialidades. El de 1975, en su plan de estudios de cuatro años, señalaba la necesidad de alcanzar un mínimo de 300 créditos (dos créditos son igual a una hora de clase semanal durante un semestre), para cubrir los ocho semestres de que consta la carrera. En los tres primeros semestres se llevaban trece materias generales y tres talleres de discusión para todas las especialidades, lo que hacía un total de 120 créditos. Los estudiantes de antropología física en los cinco semestres restantes llevaban trece materias propias. Este anuario estuvo vigente hasta 1978.

Después de 1978, la especialidad resolvió revisar el plan de estudios a la luz de sus necesidades académicas específicas. El plan resultante siguió vigente hasta 1988, y en él se consideraba:

[...] la concepción integral, amplia e irrestricta de la ciencia antropológica y pretende suministrar los elementos básicos necesarios para la comprensión de la especialidad, habiendo organizado las materias en cinco áreas: 1.- Biología Básica; 2.- Social; 3.- Antropológica; 4.- Metodológica; y 5.- Instrumental. Se considera integral porque su tema es la interrelación de la biología de las poblaciones humanas con su medio ambiente natural y social; amplia porque admite varios enfoques teórico-metodológicos; y no restricta porque le es imposible negar *a priori* la validez de cualquier tendencia (Olivé, 1981: 219).

Contemplando así el plan de estudios, se puede decir que la enseñanza de la antropología física en la ENAH:

[...] pretendía integrar la variabilidad y evolución del fenómeno humano, como objetivo de estudio, en la perspectiva que sintetiza los aspectos sociales y biológicos que lo determinan, y dividía su conocimiento en tres áreas principales: 1)

Ontogenia y socialización del individuo; 2) Biología de las poblaciones humanas –genética de poblaciones y morfología y fisiología humana– ; y 3) la evolución humana” (*Ibid*: 221).

En realidad, lo que se logró con ello, fue suprimir de manera definitiva ese espacio potencial de comunicación con los alumnos de las áreas restantes, y se consolidó el aislamiento y parcialización del conocimiento que en la actualidad sufre la especialidad, a pesar de que en su plan de estudios se incluyen materias del área social y del área antropológica. Lagarde *et al.*, (1987:512) señalaban, entre otros aspectos, que en el plan de estudios vigente hacia 1979, los contenidos mínimos eran tan generales que profesores y alumnos no lograban manejarlos, lo que era grave, en vista de que los profesores no tenían conocimientos antropológicos, y por lo tanto, no podían enfocar las inquietudes del grupo y relacionarlos con los conocimientos técnicos necesarios. En la actualidad, la Escuela cuenta con la maestría y el doctorado en antropología; de igual manera el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.

LA SITUACIÓN ESCOLAR DE LOS ALUMNOS DE ANTROPOLOGÍA FÍSICA.

Algunos estudios hechos en este sentido han puesto de manifiesto ciertos aspectos relevantes, como el de la deserción escolar, problema que la Escuela viene arrastrando desde hace mucho tiempo. Así por ejemplo, en un trabajo realizado hacia 1960, se indica que en 1958 el plantel contaba con 78 alumnos de primer ingreso, y que al cabo de dos años (1960), 70% de ellos había suspendido o abandonado sus estudios (Galvis *et al.*, 1961:178). En otro trabajo efectuado años después con los alumnos que ingresaron en 1972, se indica que el total de alumnos de nuevo ingreso fue de 209, de los cuales sólo se incluyeron 189 en el análisis, y el año siguiente habían desertado 109, es decir, 57.67% (Mansilla y Pompa, 1975:395-96). Olivé, (1981:207) señala que el problema de deserción se debe a la falta de estímulo económico, problema endémico de la profesión desde sus orígenes.

Otro dato que me parece necesario mencionar en este momento, se refiere al problema de la recepción, reflejado en el número de tesis presentadas por los alumnos de antropología física a la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Del trabajo de Montemayor (1971), se pudo deducir que de las 164 tesis realizadas por los alumnos de la ENAH en 28 años (1944-1971), 21 eran de antropología física, es decir, representaban únicamente el 12.80% del total. En los datos que proporcionan Mansilla y Pompa (1975:396) destaca el hecho de que a sólo cuatro años de distancia del trabajo de Montemayor, únicamente tres se habían recibido, lo que representa sólo 10% del total.

Olivé, años más tarde, presenta un cuadro en el que señala el número de antropólogos recibidos por cada especialidad, desde 1944 hasta 1978 (1981:225). De sus datos se desprende que el total de tesis de la ENAH había ascendido a 380 y de ellas 40 eran de antropólogos físicos, es decir, en 34 años, del total de egresados de la Escuela únicamente 10% eran antropólogos físicos, cifra sólo superior a la de los etnólogos (n=27, 7.10%) y lingüistas (n=28, 7.36%). Revisando con un poco más de detalle los datos que Olivé (*ibid.*) expone, se ve que a seis años de distancia de los datos manejados por Mansilla y Pompa, se habían recibido 17 antropólogos físicos, esto arroja 8.7% de los 195 antropólogos de distintas especialidades recibidos en ese lapso.

Serrano (inédito) ofrece una serie de datos que permiten ilustrar de mejor manera lo antes dicho. Él destaca que en los 15 primeros años (1944-1959) sólo se recibieron seis antropólogos físicos, cifra ampliamente superada en cada una de las dos décadas siguientes (1960-1969 y 1970-1979), elevándose casi a siete veces más en los últimos siete años (1980-1987). Cabe aclarar que la recepción de alumnos en esta especialidad ha sido muy irregular; así, en los casi 50 años que llevaba de vida la Escuela (1987), se habían recibido 87 antropólogos físicos, lo que representa 10.78% del total de tesis de la Escuela (807), lo que da un promedio de 2 tesis por año. Cárdenas *et al.* (1992), por su parte, indican un total de 101 tesis de antropología física de 1944 a 1991, lo que representa igualmente un promedio de dos tesis por año. Esto puede deberse, entre otras causas, a que ha habido años en los cuales no se ha inscrito un solo alumno a la especialidad, y en ocasiones una generación se encuentra representada por un alumno nada más, a veces tres a lo sumo; aunque en los últimos años estas cifras se han elevado ampliamente.

Habría que agregar a lo anterior lo prolongado del tiempo invertido para la realización de la tesis y la presentación del examen profesional. Al respecto, Montemayor comentaba que:

Pese al reducido número de graduados en relación con sus años de existencia, la Escuela Nacional de Antropología e Historia ha funcionado como centro nacional e internacional de divulgación antropológica sistematizada. Por ella han pasado más de seis mil personas de todas procedencias y edades, pero con una escolaridad mínima de once años, para cursar, desde una o dos materias, hasta una carrera sin llegar a graduarse (Montemayor, 1971:588).

El bajo rendimiento escolar y el retraso pedagógico para concluir el ciclo profesional, es atribuido por Galvis y colaboradores (1961:182), entre otras causas, a que los estudiantes daban mayor énfasis a la aplicación práctica de los conocimientos adquiridos, lo cual retardaba el complemento de las respectivas *currícula* académicas.

Los autores antes citados, consideraban además que

[...] el éxito o el fracaso escolar en mucho depende de la firmeza de propósitos y de la claridad de los intereses existentes en el alumno [...] no basta que sienta el interés; requiere además, sostener el propósito de lograrlo [...] Asimismo, quien posee firmes propósitos, pero carezca de intereses definidos hacia la disciplina escogida, tampoco conseguirá nada porque sólo será un obstinado [...] Es evidente que el aprendizaje de las carreras antropológicas merece la dedicación y esfuerzo propio de toda actividad que implique una actividad rigurosa. Es preciso, entonces, que la ENAH límite o bien suprima, el ingreso de quien no persiga dicha meta (*Ibid*).

Por mi parte, pienso que a la distancia de cuarenta y cuatro años de este trabajo, sus conclusiones pueden, en gran parte, ser aplicadas en la actualidad, pues aún se da ingreso a la ENAH a personas que no tienen un interés bien definido en la antropología como carrera para ser practicada y que únicamente buscan ampliar sus conocimientos o simplemente la toman como un pasatiempo donde pueden “adquirir cultura”. Lagarde *et al.* (1987) señalaban para ese año una deserción escolar sumamente alta, cerca de 91%, cuya causa principal era la falta de orientación vocacional y la desorganización de la Escuela. A todo lo anterior hay que agregar la necesidad económica que lleva a los alumnos a buscar trabajo en áreas distintas a la antropología, lo que los retarda en su recepción o los aleja por completo de la carrera.

LA CONTRIBUCIÓN DE LOS ALUMNOS DE ANTROPOLOGÍA FÍSICA AL CONOCIMIENTO ANTROPOFÍSICO

Aunque no es muy grande el volumen de las tesis producidas, es importante señalar la riqueza de los temas abordados en ellas, lo que representa una gran aportación al conocimiento antropofísico. Los temas han sido muchos y variados, entre ellos podemos mencionar a la osteología y el crecimiento, que han sido objeto de atención de muchas generaciones, sobre todo el primero; otros que aunque fueron de interés, por el momento se han suprimido o al menos se han dejado de lado; la somatología, biotipología, primatología, psicología, epidemiología y técnicas, tuvieron gran aceptación, pero sólo han sido objeto de una atención limitada (Villanueva *et al.*, 2000:44-47); otros que han surgido recientemente; nutrición, genética de poblaciones, paleogenética, paleodemografía, condiciones de vida de poblaciones del pasado, o antropología física aplicada (ergonomía, deporte), están en pleno auge. La opinión de Serrano en este sentido me parece oportuna:

Es obvia la importancia que tiene la revisión de los temas tratados en los trabajos de tesis de los egresados de la ENAH independientemente de la calidad académica alcanzada; reflejan, sin duda, la situación cambiante de la Antropología Física a través del tiempo, así como la potencialidad de los campos de estudio que se han venido desarrollando y que toman una base en los elementos que se conjugan en un momento dado en el proceso de enseñanza-aprendizaje, durante la formación profesional. Elemento sin duda de gran interés para el examen del desarrollo antropológico-físico en México, el desemboque profesional de los egresados [...] impacto en la reflexión sobre el objeto teórico de la Antropología Física y sus implicaciones en la problemática social [...] (Serrano, Inédito).

Montemayor, por su parte, opinaba así hace 34 años:

La temática y metodología de los trabajos de los alumnos a través de los años, es un indudable reflejo de sus inquietudes e intereses. A partir de nuestros primeros maestros, casi todos ellos brillantes y fecundos autodidactas, puede decirse que simultáneamente laboran en la enseñanza y práctica de la antropología cinco o seis generaciones de antropólogos (Montemayor, 1971:70).

CONSIDERACIONES FINALES

En febrero de 1980 se realizó un ciclo de mesas redondas titulado "Cuatro Décadas de la Escuela Nacional de Antropología e Historia", en donde se analizaron diversos aspectos relacionados con el tema y se escucharon las voces de algunos viejos maestros, de la generación llamada de los "magníficos", de "los alumnos del 68", de "la nueva generación" en ese momento, y se pusieron en evidencia "problemas y posiciones" que por espacio de 40 años han marcado la vida de la ENAH. Reaparecieron viejas polémicas y otras no tan nuevas para esos momentos (ENAH, 1982).

En enero de 1986 se dio inicio a lo que podríamos llamar el proceso de reestructuración de la docencia, con el "1er Foro sobre la Formación de Antropólogos y del Historiador", el cual pretendió dar origen al nuevo plan de estudios, más acorde con los tiempos que se vivían, y cuyo embrión se va a encontrar hacia 1981-1982, que es cuando se plantea una vez más: "la revisión crítica de los contenidos y planes de estudio y la puesta en práctica de una adecuada política de investigación" (López y Rivas, 1982:9-10).

En el mes de abril de 1988 la Sociedad Mexicana de Antropología organizó un “Debate sobre el presente y futuro de la antropología física en México”. Se pusieron en evidencia los problemas que enfrentaba la especialidad en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, por lo que se propuso fortalecerla en diferentes aspectos, tales como definir el perfil profesional y los objetivos curriculares que debían ser contemplados en el plan de estudios, mejorar la metodología del proceso enseñanza-aprendizaje; recuperar y reforzar las áreas y materias comunes de antropología y teoría antropológica en general, para facilitar la adecuada formación antropológica, y proporcionar los acuerdos y convenios intra e interinstitucionales que posibilitarían a estudiantes e investigadores una integración completa a las actividades de laboratorios y de investigación aplicada a la docencia.

A raíz de la celebración del 60 aniversario de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, del 26 al 28 de octubre de 1998, se llevó a cabo el foro “La enseñanza de la antropología física en México en el umbral del nuevo milenio”, organizado por un grupo de profesores de la ENAH (*Diario de Campo*, 1999: 14:25). Organizadores y participantes del foro, conscientes de que a pesar de lo fructífero de esta reflexión, la discusión no estaba agotada, decidieron instituir un seminario a partir de enero de 1999, cuyo coordinador fue el Dr. Sergio López Alonso. Para la estructuración del plan de estudios de la licenciatura se contemplaron diez etapas en el desarrollo del seminario: 1) análisis epistemológico-pedagógico; 2) análisis preliminar del plan vigente; 3) definición del perfil del egresado en el nuevo plan; 4) definición de líneas o ejes de formación; 5) definición de la nueva estructura curricular; 6) elaboración del nuevo mapa curricular; 7) elaboración de fundamentos e interrelaciones que sustentan al nuevo mapa curricular como proyecto educativo; 8) elaboración de propuestas sobre la estructura de los nuevos programas de asignatura; 9) elaboración de nuevos programas con interrelaciones tanto verticales como horizontales y 10) diseño y/o participación en “cursos de actualización” como preparación para desarrollar el nuevo plan de estudios. Al ser la elaboración del plan de estudios campo de confluencia de varias disciplinas, entre ellas la pedagogía, se invitó a distinguidos maestros en pedagogía de la Universidad Pedagógica Nacional y de la Universidad Nacional Autónoma de México, como asesores y a impartir cursos sobre su materia (*ibid*).

La participación de colegas de distintas instituciones con campos y trayectorias disímiles como investigadores y docentes, más la participación de los asesores, significó un ejercicio enriquecedor y renovador, que llevó a un momento de síntesis en el que se intentó definir el perfil del egresado de licenciatura de antropología física en tres grandes ejes: ¿Qué sabe?, ¿Qué sabe hacer? y ¿Qué rasgos lo caracterizan? (*Diario de Campo*, 1999: 14:25-26).

Dentro de lo que se considera la superación profesional, es necesario implementar y mantener programas de actualización para profesores y desde luego, buscar formas y mecanismos que hagan posible encauzar los conocimientos generados por la investigación científica hacia la enseñanza y formación de antropólogos físicos, así como a la sociedad en general. El análisis efectuado por Peña y Ramos (2003), muestra que el cúmulo de conocimientos transmitidos se organiza a partir de materias definidas; consideran que la antropología, por ser transdisciplinar, no tiene un límite preciso para la cantidad de conocimientos posibles de transmitir:

Por tanto, resulta impostergable enfatizar el aprendizaje para que el eje de las experiencias educativas se centre en las actitudes, destrezas, manejo de fuentes de obtención de datos y capacidades para interpretarlos de maneras innovadoras que realmente contribuyan a la generación de conocimientos e interpretaciones novedosas (Peña y Ramos, 2003:534).

Aquí debe tenerse en cuenta, entre otros aspectos, que la función de las instituciones y de los educadores no es transmitir saberes, sino generar una actitud en los estudiantes que les permita comprender nuestra condición humana, que los ayude a vivir, que favorezca en ellos un modo de pensar abierto y libre (Morin, 1997, en Peña y Ramos, 2003:525). En la enseñanza de la antropología en general y de la antropología física en particular, esto es lo que debe prevalecer, puesto que somos estudiosos del fenómeno humano tanto en su dimensión orgánica como social y espiritual.

CONCLUSIONES

Cabe recordar que la década de 1960 y aun la de 1970 se caracterizan por una actividad intensa, reflejo de la efervescencia juvenil, que exigía cambios sociales y políticos a nivel nacional e internacional, a través de los movimientos estudiantiles manifestados con singular fuerza. Esta situación se hizo presente en la ENAH, donde se realizaron muchos cambios, como sustituciones de planes y programas de estudios, búsqueda de una organización académica y administrativa expedita con la participación de alumnos y maestros; en una palabra, se trataba de democratizar a la ENAH en su totalidad.

En la especialidad de antropología física se da el retiro paulatino y en algunos casos hasta el rechazo, por parte de los alumnos, de la vieja guardia del profesorado, que empieza a ser sustituida por los alumnos graduados en los sesenta y posteriormente. Se nota también la participación de profesores de otras disciplinas (médicos, genetistas y hasta filósofos), con el objeto de ampliar el horizonte de la especialidad. En un momento dado, los antropólogos físicos fueron casi sustituidos por estos profesionales de la biología humana y de las humanidades. Sin duda, estas inquietudes se reflejan también, de cierta manera, en las tesis profesionales de los alumnos de esas generaciones, en algunas de las cuales, incluso, se llegó a dudar sobre si pertenecían o no al campo de la antropología física.

Se pone de manifiesto la necesidad de abrir fuentes de trabajo para los recién egresados de la ENAH en diversas instituciones de enseñanza, investigación, judiciales, del deporte, etcétera, del país, tanto en lo que toca a la docencia en las áreas de su competencia, como en múltiples tareas propias de su especialidad, puesto que "un sistema educativo, al estructurar una profesión, no puede plantearse sólo como proyecto académico, ya que debe conocer los campos de acción en los cuales se insertarán sus alumnos; esto nos aclara la relación educación-producción" (Lagarde *et al.*, 1987:508).

Desde su creación, la ENAH ha sido el sostén del desarrollo de la antropología en México, en especial de la antropología física, pues es la única institución de enseñanza que ofrece una carrera profesional en este campo, y la participación de sus egresados en la producción antropológica nacional representa un renglón significativo. Es el único centro a nivel internacional en donde se enseña antropología con una visión integral, lo que le ha valido un reconocimiento amplio en el ámbito antropológico y, si bien ha sufrido los embates de propios y ex-

traños que han puesto en jaque su estructura, ha sabido mantenerse a flote y continuar con dignidad su marcha cada vez más fortalecida. Los cambios que se han producido en la ENAH en sus más de sesenta años de existencia, no son más que un reflejo de las situaciones a las que ha tenido que enfrentarse. Tengo la firme convicción de que procesos revolucionarios profundos en la ENAH, acertados o equivocados, darán frutos más positivos para la Escuela en general y para la carrera de antropólogo físico en particular.

B I B L I O G R A F Í A

- Cárdenas Barahona, Eyra (coord.); Martha Cahuich Campos y Adriana López Ramírez, *Catálogo de tesis de antropología física 1944-1991*. México: Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1992.
- Dávalos Hurtado, Eusebio, "Reflexiones acerca de la antropología mexicana", en E. Dávalos Hurtado, *Temas de Antropología*, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 289-301.
- ENAH, *Cuatro Décadas de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*. México: Colección Cuicuilco, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1982.
- Galvis, Luz; Gabriel Galvis; Cecilia Batres y Lilia Portilla, "El rendimiento escolar en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Estudio preliminar". México: *Anales del INAH*, Núm. 13, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1961, pp. 177-188.
- Lagarde Lozano, Gabriela; Daniel Sánchez Fuentes; Silvia Murillo Rodríguez; Gabriela Vidal Méndez e Irma Rodríguez Ramos, "Problemas de la enseñanza de la antropología física en la ENAH", *Estudios de Antropología Biológica*, núm. 3. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM; Asociación Mexicana de Antropología Biológica, 1987, pp. 507-527.
- León, Nicolás, "Historia de la antropología física en México". Filadelfia, USA: *American Journal of Physical Anthropology*, núm. 2, 1919, pp. 229-264.
- López Alonso, Sergio, "Los aporte de la antropología física estadounidense", en C. García Mora y M de la L. Del Valle Berrocal (coords.), *La antropología en México. Panorama histórico, 5. Las disciplinas antropológicas y la mexicanística extranjera*. México: Colección Biblioteca del INAH, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, pp. 373-402.
- _____; Zaid Lagunas Rodríguez y Carlos Serrano Sánchez, "Bosquejo histórico de la antropología física en México", en L. Arizpe y C. Serrano (comps), *Balance de la antropología en América Latina y el Caribe*. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Centro de Investigaciones Multidisciplinarias, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, pp. 113-131.
- _____, "La antropología física en México: una prospección", Ponencia presentada en la XX Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, México, D.F., 1987. Inédito.

- López y Rivas, Gilberto, *Revisión crítica y autocrítica de un año de gestión*. México: Escuela Nacional de Antropología e Historia, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1982.
- Mansilla, Josefina y José Antonio Pompa y Padilla, "Algunos factores relacionados con la deserción escolar de primero a segundo años en la Escuela Nacional de Antropología e Historia durante 1972-1973", *Balance y perspectiva de la antropología mesoamericana y del norte de México. Historia, Religión, Escuelas*, XIII Mesa Redonda. México: Sociedad Mexicana de Antropología, 1975, pp. 395-400.
- Montemayor García, Felipe, *28 años de antropología. Tesis de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1971.
- Nolasco Armas, Margarita, "Pensar y discutir la antropología desde la Escuela Nacional de Antropología e Historia", en Cárdenas Barahona (coord.), *60 años de la ENAH*. México: Escuela Nacional de Antropología e Historia, s/f, pp. 19-30.
- Olivé Negrete, Julio César, *La antropología mexicana*. México: Serie Científica, Colegio Mexicano de Antropólogos, A. C., 1981.
- _____, "En el 60 aniversario de la Escuela Nacional de Antropología e Historia", en: Cárdenas Barahona (coord.), *60 años de la ENAH* México: Escuela Nacional de Antropología e Historia, s/f, pp. 53-60.
- _____, y Augusto Urteaga Castro-Pozo (coords.), *INAH, Una historia*, Colección Divulgación. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988.
- Peña, Florencia y Rosa María Ramos, "Reflexiones en torno a la docencia de la antropología física". México: *Estudios de Antropología Biológica*, núm. 11, México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM/Instituto Nacional de Antropología e Historia/Asociación Mexicana de Antropología Biológica, 2003, pp. 523-535.
- Serrano Sánchez, Carlos, "La antropología física en México: aportación de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (1940-1983)". Inédito.
- _____, y María Villanueva, "La antropología física", en C. García Mora y M de la L. del Valle (coords.), *La antropología en México. Panorama Histórico, 5. Las disciplinas antropológicas y la mexicanística extranjera*, Col. Biblioteca del INAH, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, pp. 13-22.
- _____, y Sergio López Alonso, "Los aportes de la antropología física europea", en C. García Mora y M de la L. del Valle (coords.), *La antropología en México. Panorama Histórico, 5. Las disciplinas antropológicas y la mexicanística extranjera*, col. Biblioteca del INAH, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, pp. 203-222.
- Varios, *Cuatro décadas de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*. México: Escuela Nacional de Antropología e Historia, colección Cuicuilco, 1982.
- Varios, "La enseñanza de la antropología física en México". México: *Diario de Campo*, núm. 14, Coordinación Nacional de Antropología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1999, pp. 25-26.
- Villanueva, María; José Luis Vera y Carlos Serrano, "El desarrollo de la antropología física en México visto a través de su producción bibliográfica", *Anales de Antropología*, núm. 34. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, 2000, pp. 25-48.
- Warman, Arturo; Guillermo Bonfil; Margarita Nolasco Armas; Mercedes Olivera de Vázquez y Enrique Valencia, *De eso que llaman antropología mexicana*. México: Comité de Publicaciones de los Alumnos de la ENAH, s/f.